

Cuento de
JOHN COLE MOORE

DELANTE de nosotros, más allá del claro, estaban listos los batidores negros, que agitando largas varas dirigían al león hacia mí. A la derecha el cabrito atado a un árbol, que lanzaba por momentos su medrosa queja.

Apuntando con el fusil, estábamos esperando desde hacía una hora, con los ojos fijos en ese claro sombreado. Lorenzo, yo y el negro Smith.

Lo bautizamos así porque tenía una cara que resultaba cómica para un negro, una cara de empleado de banco con anteojos; éstos eran su único atavío, además del taparrabo que le colgaba de las caderas. Pero era miopo y apenas descubrió la utilidad de los anteojos que le regalé, no se los quitó más ni para dormir, creo, y menos ahora durante la caza del león, porque le prestaban un gran servicio.

—¡Qué aburrimiento! — exclamó Lorenzo.

Eso era aburrido, sí. Lorenzo no es un cazador. Vino conmigo sólo porque hacemos muchas cosas juntos, desde que nos conocimos en el Colegio y una vez por lo menos quiso saber también cómo es la caza del león.

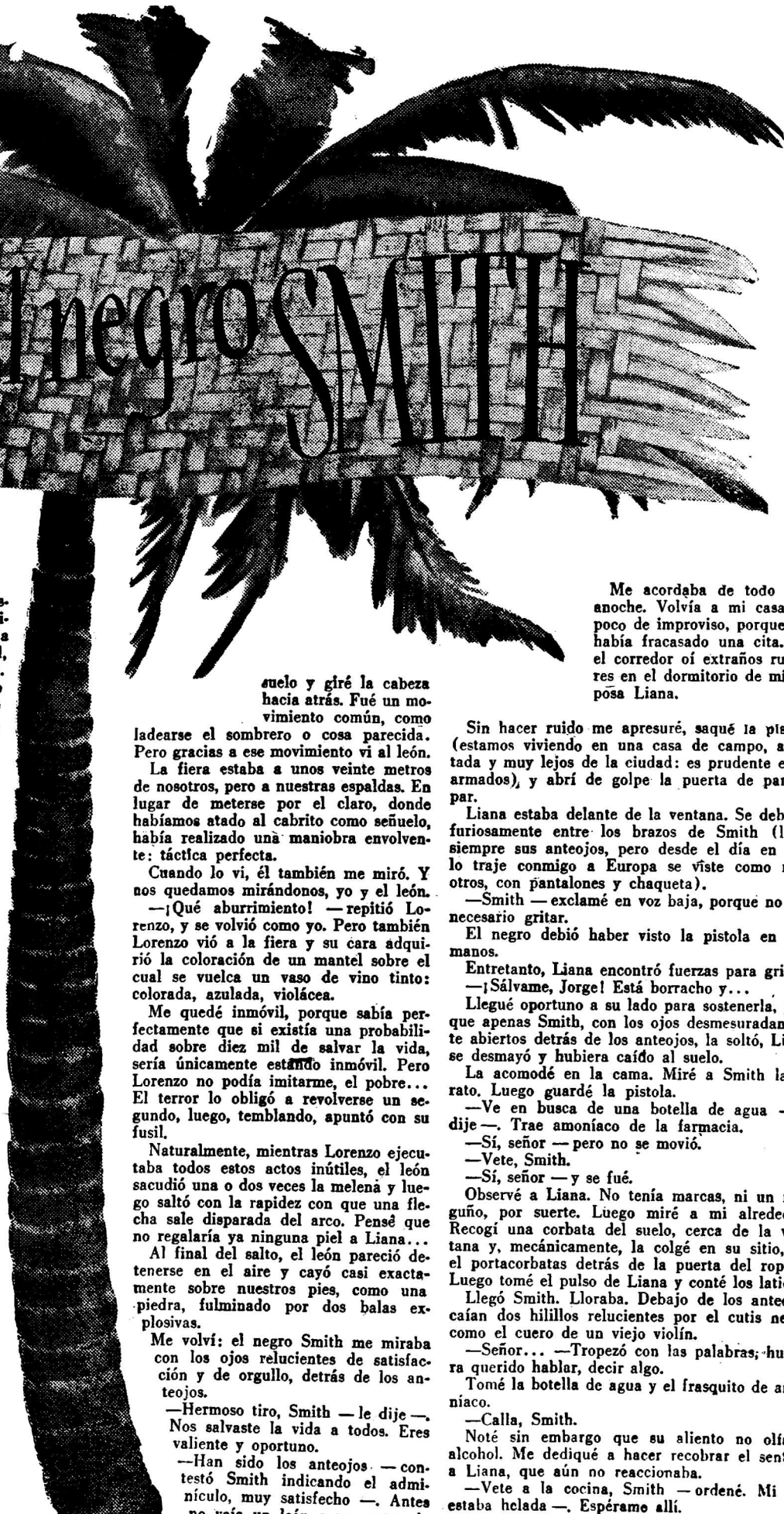
—Ya verás cómo te diviertes — le dije. Y agregué —: Habla en voz baja.

Para mí no era aburrido. Más aún, lo más grato y hermoso de la caza es justamente esa espera. Se colma de sensaciones, y más tarde se piensa en ella y se recuerda con tanta intensidad que parece verse lo que pasa por la mente con la misma claridad con que se ven las imágenes en el cinematógrafo, y mucho mejor aún.

Yo, por ejemplo, hacía rato que pensaba en Liana, y la veía como si estuviera cerca: distinguía casi — en mi imaginación — el breve y casi imperceptible aletear de sus labios sensuales, que era un hábito en ella, hasta cuando estaba callada, como si respirara con la boca abierta. Un detalle de atracción irresistible.

A ella no le importaría mucho, porque las mujeres no se interesan por estas cosas, pero le regalaría la piel del león, si lograba matarlo. La única satisfacción que tendría sería la de enseñarla a sus amigas, diciendo: "Lo mató mi marido, para mí". El placer más grande sería el mío y comenzaba ya en ese momento, aunque no fuera todavía el marido de Liana y hubiera matado aún el león (que no es una fiera tan accesible como parece en los libros de aventuras).

Estaba pensando en esto, cuando — no sé por qué razón — me volví; estaba tendido en el



suelo y giré la cabeza hacia atrás. Fué un movimiento común, como

ladearse el sombrero o cosa parecida. Pero gracias a ese movimiento vi al león.

La fiera estaba a unos veinte metros de nosotros, pero a nuestras espaldas. En lugar de meterse por el claro, donde habíamos atado al cabrito como señuelo, había realizado una maniobra envolvente: táctica perfecta.

Cuando lo vi, él también me miró. Y nos quedamos mirándonos, yo y el león.

—¡Qué aburrimiento! — repitió Lorenzo, y se volvió como yo. Pero también Lorenzo vió a la fiera y su cara adquirió la coloración de un mantel sobre el cual se vuelca un vaso de vino tinto: colorada, azulada, violácea.

Me quedé inmóvil, porque sabía perfectamente que si existía una probabilidad sobre diez mil de salvar la vida, sería únicamente estando inmóvil. Pero Lorenzo no podía imitarme, el pobre... El terror lo obligó a revolverse un segundo, luego, temblando, apuntó con su fusil.

Naturalmente, mientras Lorenzo ejecutaba todos estos actos inútiles, el león sacudió una o dos veces la melená y luego saltó con la rapidez con que una flecha sale disparada del arco. Pensé que no regalaría ya ninguna piel a Liana...

Al final del salto, el león pareció detenerse en el aire y cayó casi exactamente sobre nuestros pies, como una piedra, fulminado por dos balas explosivas.

Me volví; el negro Smith me miraba con los ojos relucientes de satisfacción y de orgullo, detrás de los anteojos.

—Hermoso tiro, Smith — le dije —. Nos salvaste la vida a todos. Eres valiente y oportuno.

—Han sido los anteojos — contestó Smith indicando el admetículo, muy satisfecho —. Antes no veía un león a un metro de distancia.

Me acordaba de todo esto anoche. Volvía a mi casa un poco de improviso, porque me había fracasado una cita. En el corredor oí extraños ruidos en el dormitorio de mi esposa Liana.

Sin hacer ruido me apresuré, saqué la pistola (estamos viviendo en una casa de campo, apartada y muy lejos de la ciudad: es prudente estar armados), y abrí de golpe la puerta de par en par.

Liana estaba delante de la ventana. Se debatía furiosamente entre los brazos de Smith (lleva siempre sus anteojos, pero desde el día en que lo traje conmigo a Europa se viste como nosotros, con pantalones y chaqueta).

—Smith — exclamé en voz baja, porque no era necesario gritar.

El negro debió haber visto la pistola en mis manos.

Entretanto, Liana encontró fuerzas para gritar: —¡Sálvame, Jorge! Está borracho y...

Llegué oportuno a su lado para sostenerla, porque apenas Smith, con los ojos desmesuradamente abiertos detrás de los anteojos, la soltó, Liana se desmayó y hubiera caído al suelo.

La acomodé en la cama. Miré a Smith largo rato. Luego guardé la pistola.

—Ve en busca de una botella de agua — le dije —. Trae amoníaco de la farmacia.

—Sí, señor — pero no se movió.

—Vete, Smith.

—Sí, señor — y se fué.

Observé a Liana. No tenía marcas, ni un rasguño, por suerte. Luego miré a mi alrededor. Recogí una corbata del suelo, cerca de la ventana y, mecánicamente, la colgé en su sitio, en el portacorbata detrás de la puerta del ropero. Luego tomé el pulso de Liana y conté los latidos. Llegó Smith. Lloraba. Debajo de los anteojos caían dos hilillos relucientes por el cutis negro como el cuero de un viejo violín.

—Señor... —Tropezó con las palabras; hubiera querido hablar, decir algo.

Tomé la botella de agua y el frasquito de amoníaco.

—Calla, Smith.

Noté sin embargo que su aliento no olía a alcohol. Me dediqué a hacer recobrar el sentido a Liana, que aún no reaccionaba.

—Vete a la cocina, Smith — ordené. Mi voz estaba helada —. Espérame allí.

Quería hablarle, pero le dije que no con los ojos, y se fué.

(Continuará)